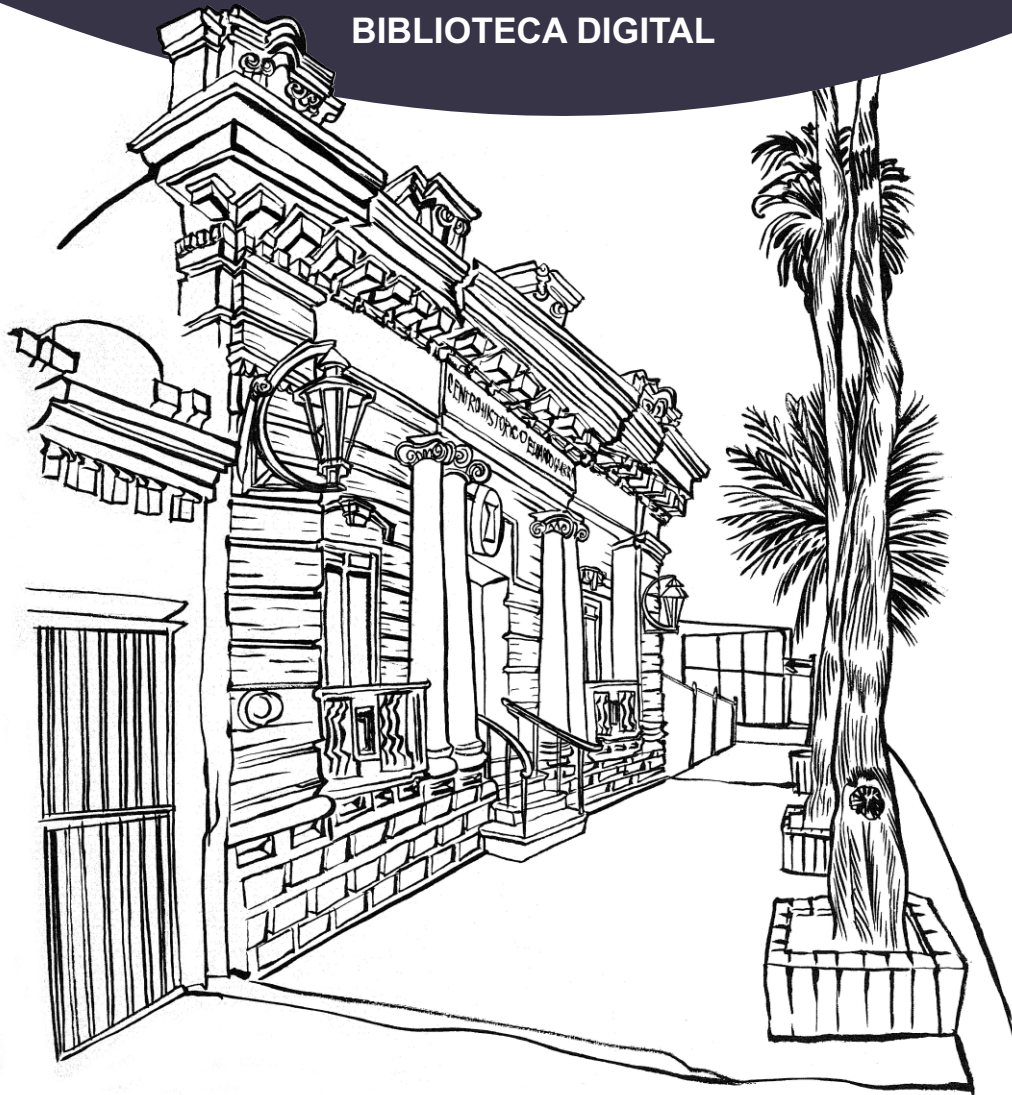




ARCHIVO MUNICIPAL DE TORREÓN



BIBLIOTECA DIGITAL



C. ACUÑA 140 SUR, TORREÓN, COAHUILA, MÉXICO.
TEL.: (52) (871) 716-09-13

www.torreon.gob.mx/archivo

 Archivo Municipal de Torreón Eduardo Guerra

 @ArchivoTRC

Valentina

La mula catrina

Alejandro Reza H.



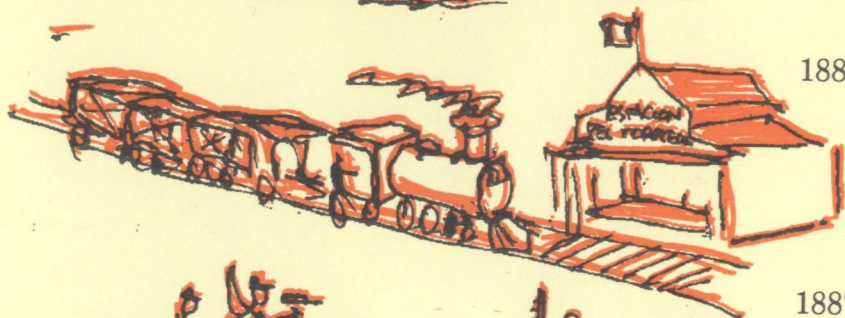
Déjame que te cuente, torreña, la historia de Valentina, una mula que andaba por aquí a fines del siglo pasado, cuando Torreón estaba dejando de ser un rancho grande y empezaba a ser una ciudad chica.

FECHAS MAS IMPORTANTES DE LA VILLA DE TORREON:



1851

Don Leonardo Zuloaga ordena que construyan un torreón en su rancho. Es el torreón que con el tiempo dará nombre a esta ciudad.



1882

El Rancho del Torreón pasa a ser propiedad de un grupo de banqueros alemanes. Ellos ponen de administrador a Don Andrés Eppen, el cual lo hace prosperar mucho.

Las vías del ferrocarril pasan por el Rancho.



1887

El Ing. Federico Wulff determina dónde van a estar las casas, las calles y los jardines de lo que después será la Ciudad de Torreón.



1890

Se instalan las primeras fábricas: la Constancia, de hilados y tejidos, de Don Adolfo Aymes; La Metalúrgica. (Peñoles) de un grupo de laguneros, etc.



1893

El Rancho del Torreón, por orden del Gobernador de Coahuila, empieza a llamarse Villa de Torreón.

Valentina la Mula Catrina

A mis queridos hijos,
terribles devoradores de cuentos



Edita: El Patronato del "Archivo Municipal
y Centro Histórico Eduardo Guerra"
de la Ciudad de Torreón.

Obra premiada en el Primer Concurso de Cuento Histórico Infantil,
en el Centenario de la elevación de esta Ciudad al rango de Villa.

MULAS AQUELLAS, DIGNAS E IMPORTANTES

En esos tiempos las mulas eran animales mucho muy importantes. Los caballos igual (más o menillos); pero las mulas... olvídате: ellas estaban siempre a la cabeza. Claro. Sobre todo porque en una carreta ellas van por delante; pero también porque se encargaban de llevar a todo mundo a sus ocupaciones y a sus fiestas, lo mismo que a su última morada... jalando cortejos fúnebres.

Además las mulas, resopla que tira de los carros públicos, iban enterándose de todo: porque la gente hasta para ir a la esquina, usaba el carro de mulas. A lo mejor entonces las esquinas estaban más lejos que ahora; el caso es que, igual los pobres en sus carretones, que lo ricos en sus tranvías de mulitas, nadie podía vivir sin sus servicios. Y ellas, muy a la sorda, pero con la oreja más derecha que el Torreón de la hacienda, bien que iban enterándose de cuanta cosa se decía allá atrás.

Lo bueno es que las mulas no son chismosas. Tú nunca oirás de una que haya soltado lo que escuchó de los clientes.



Alejandro Resa H.

La Valentina



Valentina era así. Muy profesional y muy digna en su porte; pero también hay que decirlo, un poco presumidilla; o bastante, para ser justos: A los caballos los revisaba desde arriba, con las cejas levantadas y las narices fruncidas; pero a los burros, a los pobres borricos, no los podía ni ver: "Qué burros son estos" decía para sí, entornando los párpados y echando el hocico para arriba, mientras los borricos, con sus grandes ojos tristes y legañosos la veían pasar, llevando siempre a su destino a algún señorón o a alguna gran dama de la sociedad lagunera.

LA POESIA DE UN TREN DE MULAS

Valentina andaba muy derecha de aquí para allá, encabezando a las acémilas que jalaban los vagones del trenecito de Torreón a Lerdo.

El mini tren corría veloz, tirado por cuatro o seis mulas, a lo largo de una flamante vía de ferrocarril, que acababa de tenderse hasta la Ciudad Jardín.

Había que ver a todas esas señoras empingorotadas, con amplias faldas llenas de vuelos y de listones. A aquellos caballeros de sombrero alto, o de bombín o de carrete veraniego. Niños con medias a rayas, vestidos de marineritos y niñas con sombrillas de mil colores. Y adelante de todos, muy ufana, Valentina, con la piel negra y brillante de tanto sudar; tamborileando con sus pezuñas muy bien recortaditas, haciéndole acompañamiento a la campana con la que el trenecito se iba anunciando:

Ding Dong

Ding Dong

Tacatacá Tacatacá Tacatata

Ding Dong





Estarás de acuerdo conmigo, en que todo aquello era muy poético. Quizás porque el que había iniciado el tren, era un poeta. ¿Has oído de él? se llamaba Manuel José Othón

LA POESÍA DE UN TREN DE MULAS

BURROS, AL FIN.

Valentina andaba muy derecha de aquí para allá. Los burros del Mercado Alianza veían alejarse a Valentina y perderse rumbo a la Alameda, donde el trencito tenía su terminal (es que no te imaginas lo lejos que estaba entonces la Alameda) y seguían jalando mansamente de sus carretones.

Habría sido importante para Torreón lo que los burros hacían; nada más que, como eran burros, ni cuenta se daban.

Pero todas las mañanas, cuando los gallos apenas estaban afinando a oscuras sus gargantas para su canto al sol, toda la burriza de Torreón ya estaba en las afueras de la Alianza, con sus carretas llenas de hortalizas que los chinos cultivaban allá en Matamoros, para ofrecerlas por todas las calles. (La verdad es que todavía no eran muchas)...

“Fresquecitos los tomates, Señor; mire, lleve repollo...”

Tacatacá Tacatacá Tacatacá

¡Ojalá que estés de acuerdo!

¡Comigo en tu foto!

¡Quizas eres muy poético!

¡Porque el que habla incide!

¡Pues, Manuel!

¡Manuel!

¡Manuel!

¡Manuel!

¡Manuel!

¡Manuel!

¡Manuel!



La Alianza era entonces el corazón de Torreón, y el corazoncito de los burros:

Todo burro que se pudiera considerar un auténtico burro; hijo de un burro más burro que él y de su burra compañera, tenía que haber prestado sus servicios en la Alianza y alrededores.

LA ALIANZA, EL CORAZON

Era junto a la Alianza donde se saludaban y se concedían el paso al cruzarse, aquellos dos ferrocarriles; uno que iba al mar, y otro que iba a la fayuca, que le dieron su importancia a la Región.

Junto a la Alianza, el Ingeniero Federico Wulff (un señor bigotudo que señaló dónde iban a estar las casas, los bulevares y los jardines, cuando se estaba construyendo Torreón) edificó su casa al pie del cerro, la primera de todas, para que otros que se compraran un terreno, hicieran también la suya igual de bonita.

Y hubieras visto cómo aquellos animosos señores se lanzaron a hacer casas, todas cada vez más bellas; y cómo Torreón comenzó a crecer y a crecer para los cuatro lados.

(Por cierto que si todavía quedan por allí algunas que otras casas de aquel tiempo, convence a los adultos de que ya no las tiren: son la herencia de aquellos señores con nombres de calle y voluntad de hierro, que hicieron Torreón: Feliciano Cobián, Pámanes, Ezquerria y todos ellos).

También por los alrededores de la Alianza se habían ido instalando un montón de fábricas que nos trajeron trabajo y prosperidad.

Los burros, al fin burros, no gustaban de ellas. Preferían jalar zanahorias para comerse una de vez en vez y no tener que andar llevando pacas de algodón a los Hilados La Fé, o fierros a la Metalúrgica; o todavía peor, lejía que olía horrible, para la Jabonera La Unión; guácatela!

Burros y mulas tenían que sacar su licencia y todo eso en un Departamento de Tránsito destinado a ellos, que funcionaba, para variar, cerca de la Alianza.

Y se dice que en esas épocas, los policías, que además eran muy pocos, no pedían mordida, porque si no, los burros se la daban, ¡y con mucho gusto!



LA PURA CREMA

Valentina, por su parte, ignoraba a los borricos, y en general todo lo que no se refería a su elegante clientela.

Ella, desde Lerdo, donde vivía la crema y el jocoque de la ciudadanía lagunera, siempre estaba transportando a agente fina y señores de empresa; y los oía cómo arreglaban sus negocios allí mismo, en su vagón ejecutivo de primera clase, sin tener que bajarse en el vado a empujar el tren, que invariablemente se atascaba; porque eso les correspondía a los del vagón de segunda.

Así oyó cómo entre ellos iban a fundar una Compañía de Luz.

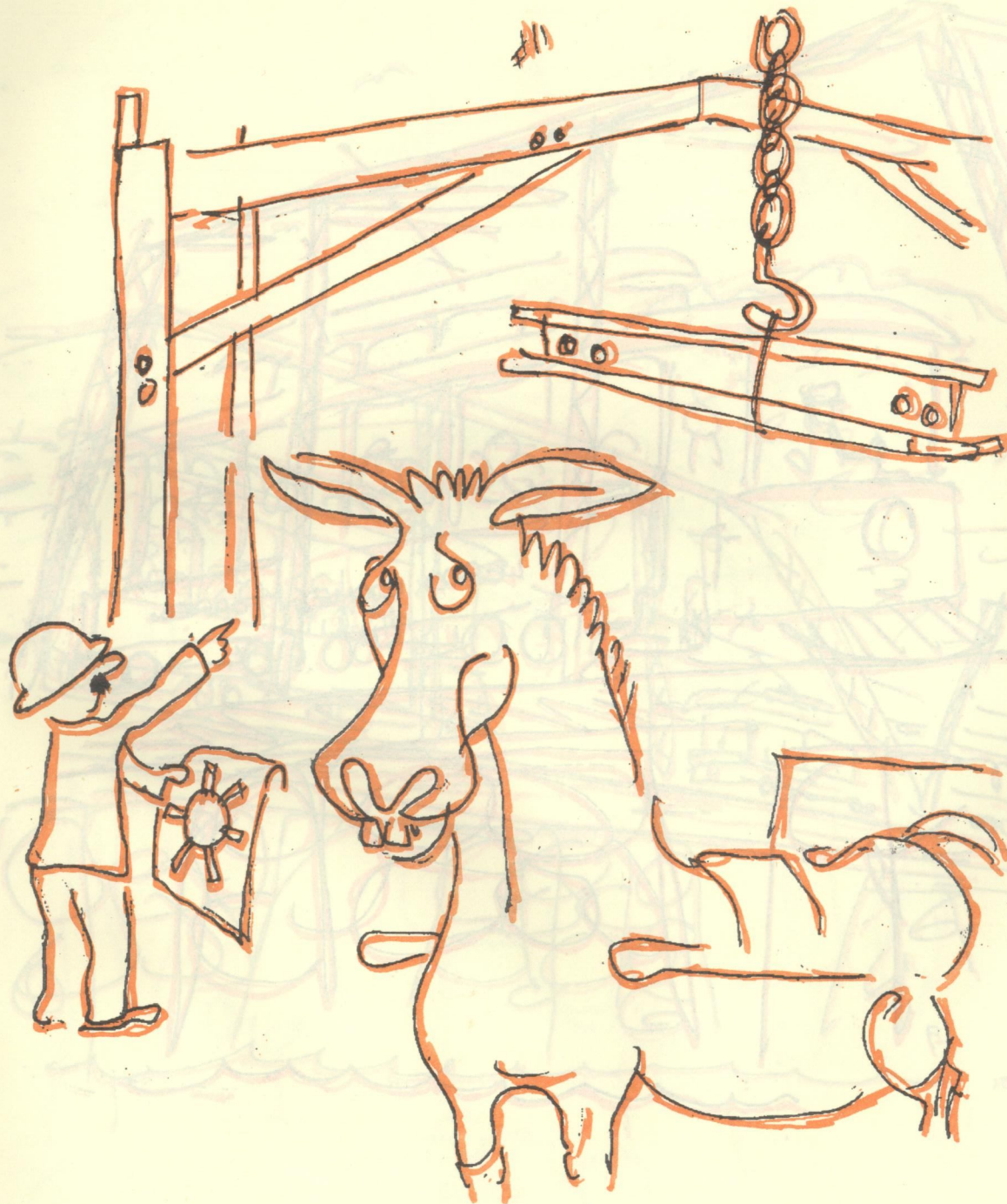
Esta idea le gustó: farolitos en todas las casas, como los del vagón de primera, pero sin petróleo.

También se hablaba entre los señores aquellos, de construir un puente, para las avenidas del Nazas que año con año rompían la unión entre las tres ciudades. Eso a Valentina no le sonó bien: nadita que le agradaba la idea de andar de equilibrista sobre el agua.

Pero lo que sí de plano no le gustó y mejor pensó que lo había entendido mal, fue lo de convertir en eléctrico el tren a Lerdo: "¿Eléctrico? ¿Y las mulas? ¿Y su segura servidora? ¿Quién iba a conducir con más elegancia que las mulas a aquellos distinguidos lerdenses y gomezpalatinos? ¿Quién les iba a hacer tamborcito con las pezuñas, mientras viajaban?

"No va a funcionar, pensaba para sí; como sucedió con el automóvil ese que trajeron, que dizque iba a quitar el trabajo a los taxis de caballo de la Estación de Torreón, y ya ven: mejor se lo llevaron de nuevo" y seguía trotando a lo largo del terraplén de la vía, con elegancia de caballito de ajedrez.





EL PROGRESO QUE VIENE

UNA PEQUEÑA HADA

ne Pero un día no tuvo Valentina más remedio que aceptar la realidad, cuando vio que estaban construyendo la terminal del tren eléctrico: Ingenieros por todos lados señalaban para allá arriba hacia las viguetas de hierro. Todos volteaban y luego veían sus planos azules con rayitas blancas y volvían a señalar: Estaban construyendo la casa donde iban a acomodar a los trenes, "¡Mira que cómodos! pero ¿y las mulas?: Allí no había lugar para mulas. Sólo para el progreso de la electricidad; ese dizque invento de un tal señor Edison, que por lo visto no tenía ninguna mula a la que le inventara nada!"

Y Valentina de repente se sintió vieja, como los bisontes que andaban cazando los irritilas, y se fue saliendo paso a pasito. No como en los desfiles; no como el 12 de Diciembre cuando iban todas las carretas llenas de flores a la recién estrenada Capilla de Guadalupe; sino con la cabeza gacha, como a quien le dicen que se salga de allí. ¡Pobre Valentina. Antes tan presumida ella! ¡Pobre!

EL SIGLO VEINTE, SEÑOR.

Las cosas siguieron de mal en peor para Valentina y de bien en mejor para la floreciente Villa de Torreón. Faltando apenas dos años para que se terminara el siglo, empezaron bancos y más bancos a abrir sus puertas en La Laguna, con lo que los señores lerdenses ya pudieron pensar en serio en electrificar el trenecito y hasta en comprar toda la Compañía de Luz.

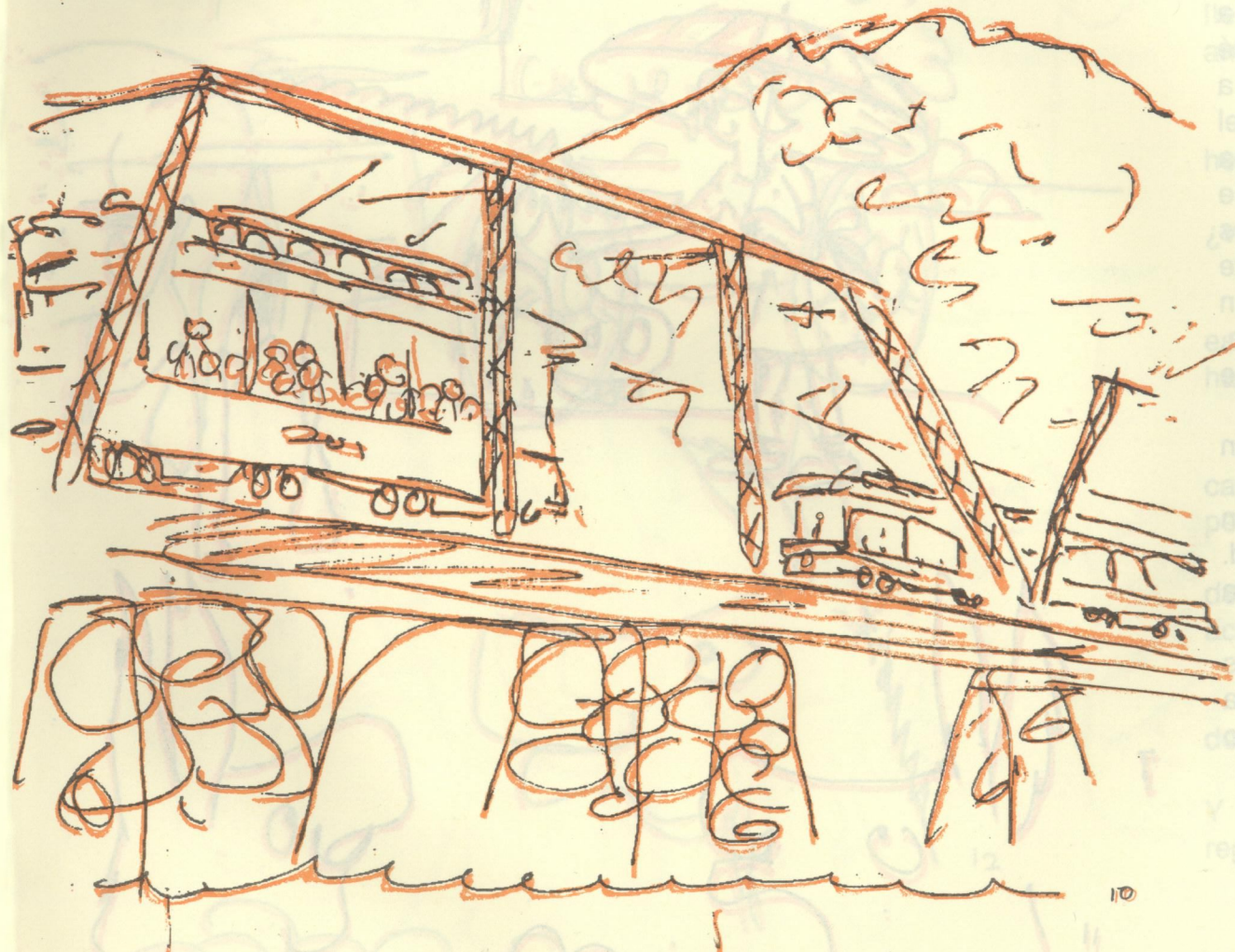
Y en La Laguna, el siglo Veinte se estrenó al mismo tiempo que el flamante Tren Eléctrico. (El único en el país, fuera del que se estaba inaugurando por las mismas fechas en la Ciudad de México).

Las fiestas fueron increíbles: cohetes y más cohetes de luz iluminaban a aquel pequeño pero veloz monstruo de hierro, a quien ya ninguna mula podía alcanzar.

Los vagones se llenaban y volvían a llenar de laguneros que querían cerciorarse por sí mismos de que ahora circulaban sin mulas.

Y así estuvo durante muchos, muchos años el trenecito, tejiendo una cadena invisible de unión: Lerdo, Gómez, Torreón, Gómez, Lerdo, Gómez, Torreón, Gómez...





UNA PEQUEÑA HADA

Todos estaban felices, menos ya sabes quién, que metida en sus negros pensamientos, con las orejas barriendo el suelo, ni veía por dónde la llevaban, jalando aquella carreta sucia. Sólo los gritos de los vendedores de fruta la hicieron caer en la cuenta de que estaba en la Alianza y que la cargaban de basura. Los ojos se le llenaron de lágrimas y lloró por todo lo que antes no había llorado.

Pero, he aquí que una niña, debajo de su sombrilla multicolor, la miraba con profunda lástima. "Pobrecita -le dijo al oído - Pobrecita", y le acarició su lomo negro y brillante. Su vocecita era tan dulce; su mano tan suave, que el corazón de Valentina se alegró. La niña sabía hablar con los animales; lo había aprendido con un perrillo, casi un murciélago sin alas, regalo de sus papás. Tanto y tanto platicaba con él, que acabaron por entenderse.

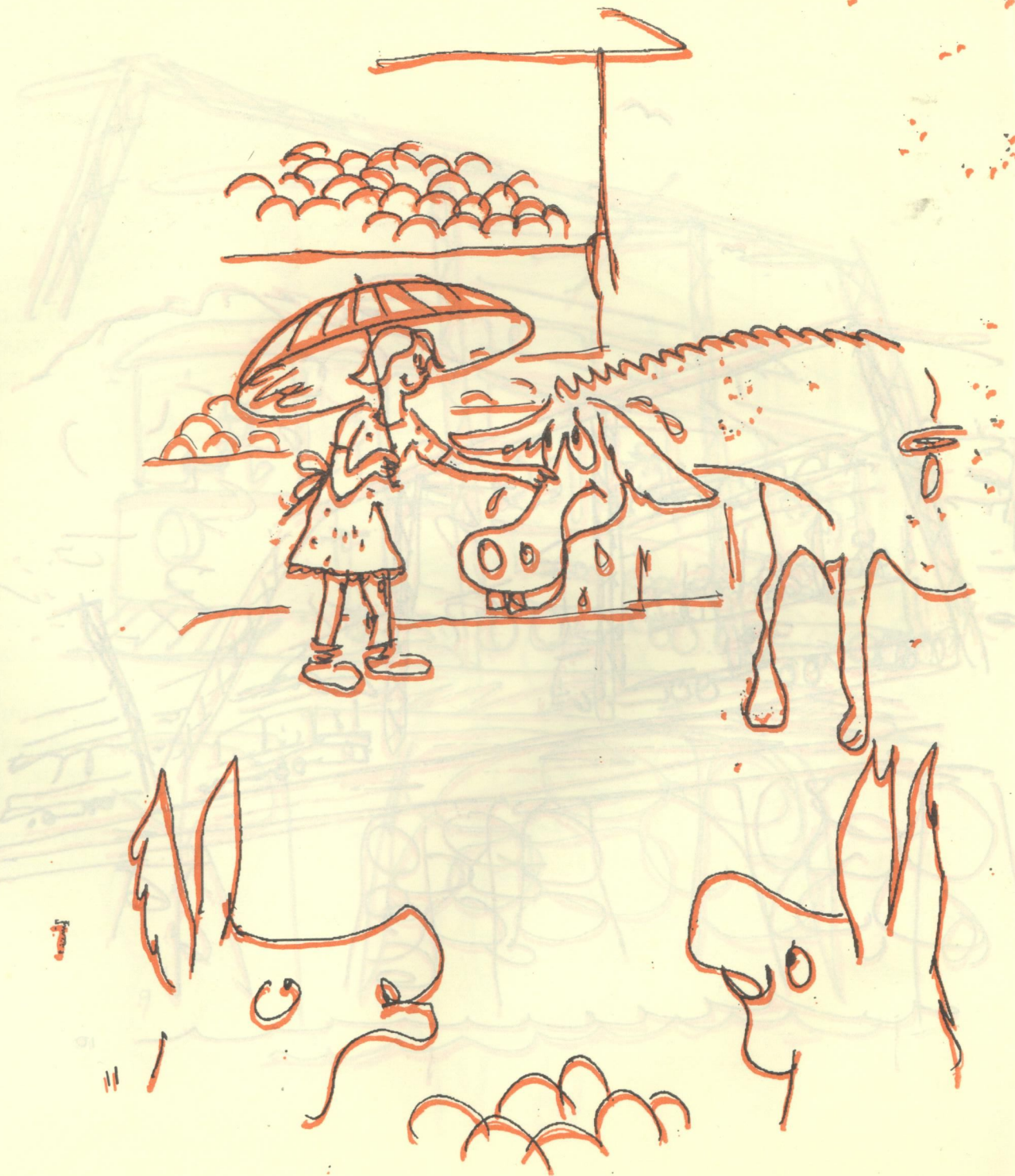
LA PAZ SEA CONTIGO, BURRA

- "¿Qué te pasa, mulita, estás triste?" (preguntó la niña, Valentina asintió, mirándola con sus enormes ojos llenos de lágrimas.) - "¿Pero, no eras tú la que encabezaba el tren de mulitas?" (Valentina se encantó de que la reconociera y volvió a enderezarse) - "Pobrecita; entonces ya sé porqué estás triste". (Valentina volvió a poner la cara dolida y las orejas en el suelo.) - "Mira: Yo creo que un burro o una mulita tan linda como tú, no tienen que preocuparse porque inventen trenes eléctricos ni cosas de esas, porque la gente siempre va a necesitarlas a ustedes. A un tren no se le acaricia, ni se le pone comida, ni se le dice: ¡ándale bonito, come! No te preocupes...er..."

- "Valentina", completó la mula con un gran rebuzno.

- "No te preocupes, Valentina, ustedes son una parte muy querida de nuestra ciudad. Ah, y por cierto, ¡gracias por tirarnos la basura!"

La niña le había dado un beso antes de desaparecer hacia su mamá (¿o la había tocado con una varita mágica? ¿o nada más estaba soñando?).





Valentina se tentaba con la puntita de la oreja el sitio del beso, cerrados los ojos, para que la magia no se esfumara. Pero al fin los abrió y se sintió avergonzada:

Muchos burros con sus carretas llenas también de basura la veían, amistosamente.

-“Hola”, les dijo agitándoles el rabo.

-“Hola”, contestaron a coro: se había hecho la paz.

-“No tenemos por qué preocuparnos, ¿verdad?”

-“Nooo”, contestó la burriza.

-“Tal vez después de muchos años este tren tan bonito ya no exista; quizás se haga viejo o les parezca feo y ruidoso...”

-“Tal vez”, repitieron los jumentos.

-“Entonces no hay que dejar nuestros carretones, porque los inventos acaban; pero a los animales Dios los inventó”.

Valentina estaba hecha un filósofo de las acémilas y los burros estuvieron de acuerdo:

-“No hay que dejarlos”.

-“Porque somos parte muy querida de la ciudad”. Continuó Valentina.

-“Muy querida” repitió el eco burril. Y como Valentina calló, los burros regresaron a sus ocupaciones.

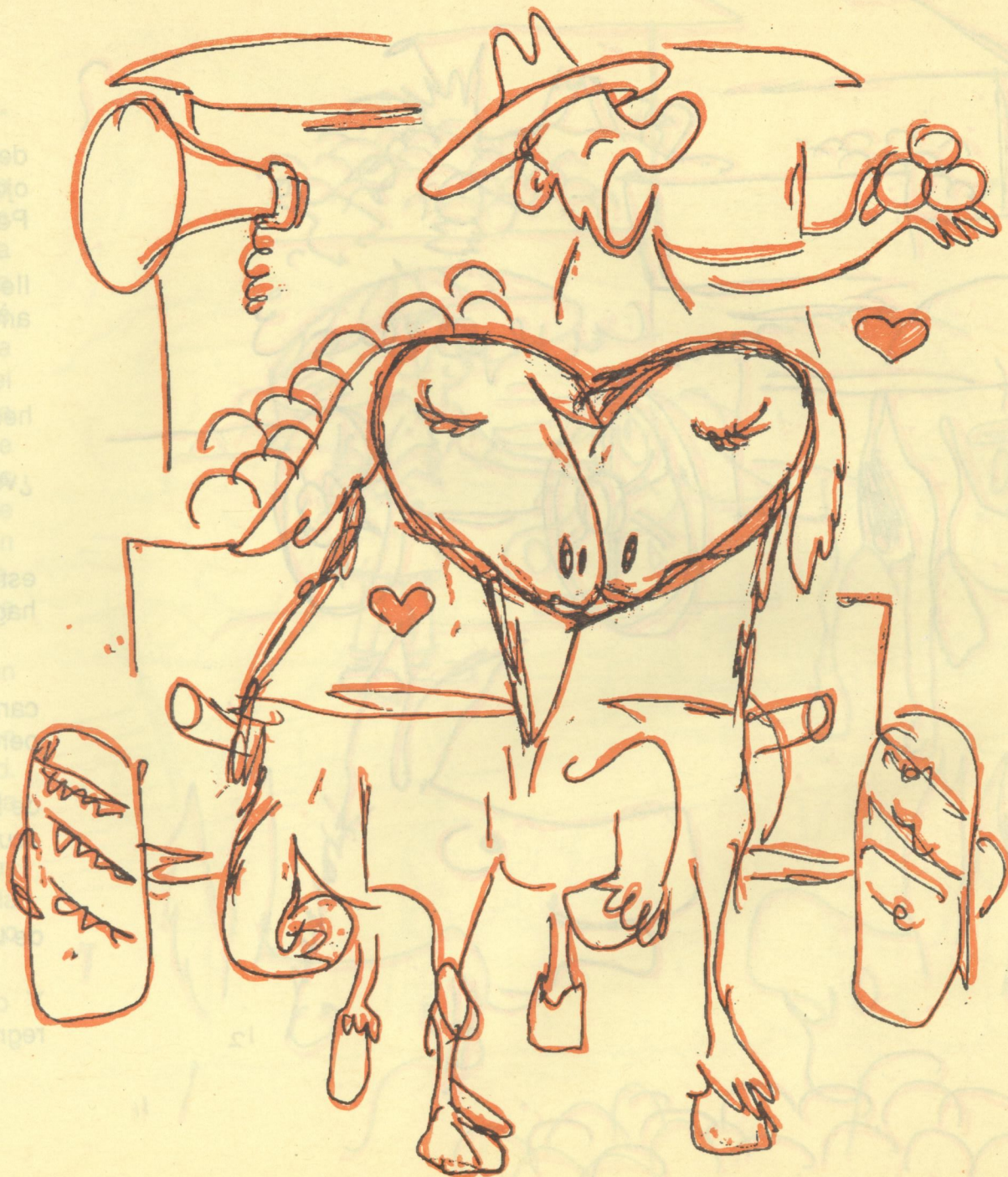
HACIA EL SIGLO 21

Se dice que Valentina anduvo de revolucionaria con el Gral. Villa y que hasta una canción le compusieron. Eso se dice. Lo que sí es cierto es que las mulas y los burros de hoy todavía la recuerdan, cuando alguien protesta de que estorban con sus carros llenos de escombros; que para eso están los camiones.

Los burros y las mulas contestan para sí mismos: "Somos parte muy querida de La Laguna. Y además... ¿Qué tanto van a durar los camiones?: a ellos no los inventó Dios"

Y siguen su camino canturreando la polca que hace cien años le compusieron al trenecito "De Torreón a Lerdo". El único recuerdo que queda ya de aquel invento del Siglo Pasado, que les hizo tanta competencia a los burros y a las mulitas...

FIN



FECHAS MAS IMPORTANTES DE LA VILLA DE TORREON: (continuación)

- 1894 Se consagra la Capilla de Guadalupe (en la av. Juárez y Ramos Arizpe)
- 1898 En este año, muy importante en la Historia de Torreón:
Se construye el primer casino de Torreón en la calle Ramos Arizpe;
La Jabonera La Unión y otras varias industrias;
Se funda la Compañía de Luz;
el Banco de Coahuila y otros bancos;
Se instala el tren de mulitas de Torreón a Lerdo.
- 1900 El Tren de Mulitas se convierte en Tren Eléctrico y se le construye un puente sobre el Nazas.
- 1901 Se conectan los primeros teléfonos.
- 1906 Llega el primer auto a la Villa del Torreón;
Se funda el Mercado Juárez y la primera Plaza de Toros.
- 1907 La Villa de Torreón recibe del gobernador el nombramiento de Ciudad.

